

El genial poeta Pedro Antonio González

Uno de los poemas más notables que he leído una y otra vez "es el monje" de Pedro Antonio González. La forma genial como el poeta armoniza lo místico con lo fantástico, su virtuosa inspiración, la belleza de un lenguaje excepcional, realmente conmueven y deleitan a la vez. Cada verso y estrofa es la manifestación viva de un amor sublime, de un ensueño que se identifica con lo sobrenatural y se adentra en la mente y alma del protagonista, un joven monje. Al final de la hermosa poesía, el poeta baja el telón del escenario lírico-dramático en medio de un desenlace sutil y al mismo tiempo patético.

Pedro Antonio González nació en una aldea cercana a Cunepto el año 1866, falleciendo a la edad de treinta y siete años. Sobre sus obras y su vida el escritor Armando Donoso destaca la riqueza de su lenguaje poético como magistral. En uno de los costados de la Plaza de este pueblo en un monolito de piedra está grabado su ilustre nombre, y una de las calles principales perpetúa su memoria. Pero el genial poeta verdaderamente merece un

monumento erigido en ese principal paseo público.

Para una mejor ilustración de esta bella poesía he extractado de ella los siguientes fragmentos: "Noche no turba la quietud profunda con que el claustro magnífico reposa, más que el rumor del aura moribunda que en los cipreses idregos solaza. Muerta la frente, la cabeza baja, negro fantasma que la fiebre crea cadáver medio envuelto en su mortaja, un monje por el claustro se pasea. Es joven es su edad la del alegre, la del llanto, el ensueño y el estupro, en que es lento azacache el buche negro, en que es oro bruido el tuc e rubio. Sin conocer placeres ni potares, se alejó del hogar siendo muy niño, y fue a parar al pie de los altares un corazón más puro que el amirfo."



Willy Gajardo Gajardo.

Un día vio en el templo de rodillas, desde el trípode del soemne coro, una virgen de pálidas mejillas, de pupilas de cielo y trenzas de oro. Cuantas veces creyendo en el santuario no se veía flotar en su ansia vira, envuelta en el espiral del incensario, su fantástica sombra fugitiva. ¿Por qué, en la para el combate, el alma alada que a la cumbre vuela, olvida que es espíritu, y se acate cuando la fragil como se rebela? Porque lucidrio de bombas loca la conciencia vacila y gime y calla, cuando el brutal instinto la provoca a sostener con el dura batalla. Es la visión de la mujer que adora, que con su cuerpo jura su alma en guerra, que lo apesa innaz hora tras hora, que lo hace al cielo pretorir la tierra.

Sirve la humilde aldea un cura amante que cumple su misión con santo anhelo y en cada feigrés ve a un hermano, que Dios le ordena conducir al cielo. Mas ya no puede soportar la carga de su amor de apóstol y profeta. El peso de la edad ya lo aletraga, ya toca el inde de su vida inquieta. Le dice el monje: serás tu el baluarte de la grey que Dios puso a mi cuidado. Tu acompañarás el eucarístico estandarte que yo abandono porque estoy cansado. El monje le oye, obedece y calla, y con fervor a la labor se entrega y mayor goce en la labor el halla, mientras mayor abnegación despliega.

En la capilla de la aldea toaca, denso genio de entusiasmo lleno se agita como un pélegrlo que emoca a la luz del relámpago su seno. Ante el altar el monje se abusa, livido el rostro, la mirada trista, extraño al gran turno lo que se empeja, en cuanto extremo existe. Avanzan al altar con pie seguro y reflejando en la pupila al cielo, un apuesto doncel de traje oscuro y una niña gentil de blanco velo. El monje la contempla un corto instante con el honor y supremo paroxismo de quién se ve de súbito delante de la inmensa perdiente del abiero. Y en la pálida luz de nieve y rosa, y los bucles aurinos y señosos, y en el tallo de palmera de la esposa, el descubre la virgen de sus sueños.

Se atterbo, se transporta, y a lo lejos, desde el místico altar al lecho cálido, ve marchar bajo un riendo de reflejos una novia gentil y un novio pálido. Y al soplo de dolor con que está en guerra, siente su sangre transformarse en hielo, y huir veloz bajo sus pies la tierra, sobre su frente caerumbarse el cielo. Y entonces... ¡Ay!, a su pupila asoma la noche allá en su espíritu escondida, y al pie del ara santa se despioma, rígido el cuerpo, la razón perdida."

El genial poeta Pedro Antonio González [artículo] Willy Gajardo Gajardo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gajardo Gajardo, Willy

FECHA DE PUBLICACIÓN

2006

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El genial poeta Pedro Antonio González [artículo] Willy Gajardo Gajardo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile